

Se puso pálido.

«Pues sí señor.»

Me puse rojo.

«Eres lo más...

— Y tú...»

Trémulo de ira salió, cerrando la puerta con tan furioso golpe, que retembló toda la casa. Y cuando nos vimos luego, evitaba el dirigirme la palabra, y estaba muy serio conmigo. Por mi parte, no conservaba de aquella disputa pueril más que la desazón que su recuerdo me producía, unida á un poquillo de remordimiento. Deploraba que por cuatro tonterías se hubiera alterado la buena armonía y comunicación fraternal que entre los dos debía existir siempre, y si hubiera sorprendido en él la más ligera inclinación á olvidar la reyerta, habríame apresurado á celebrar cordiales y duraderas paces. Pero José estaba torvo, cejijunto, y al pasar junto á mí no se dignaba mirarme.

## XXXII

Entre mi hermano y yo fluctuaba una nube.

¿Saldría de ella el rayo? Mi propósito era evitarlo á todo trance. Hablé de esto con Lica, que en el breve espacio de un día había vuelto á caer en sus inquietudes y tristezas. La reconciliación matrimonial había sido de tan menguados efectos, que no tardó el espectro de la discordia en anularla pronto, erigiéndose él mismo sobre el altar del destronado Himeneo. Durante todo el

día que siguió á la trivial disputa, acompañé á mi hermana política, escuchando con paciencia sus quejas, que eran interminables... Sí; ya no la engañaría más, ya iba aprendiendo ella las picardías. Ya no volvería á embaucarla con cuatro palabras y dos cariñitos... Por fuerza había algo en la vida de su esposo que le sacaba de quicio. José no era el José de otros tiempos.

Con estas jeremiadas entreteníamos las horas de la tarde y de la noche, que eran largas y tristes, porque Lica había suprimido la reunión, y á nadie recibía. José María no se presentaba en la casa sino breves momentos, porque había recibido su acta, habíala presentado al Congreso, había jurado, le habían elegido presidente de la Comisión de melazas, y el buen representante del país, consagrado en cuerpo y alma á los sagrados deberes del padrazgo parlamentario y político, no tenía tiempo para nada. En esto transcurrieron cuatro días, que fueron para mí pesados y fastidiosos, porque Irene no me había dado el prometido aviso para ir á su casa; y yo con mis delicados escrúpulos, no quería infringir de ningún modo una indicación que me parecía mandato. Me pasaba la mayor parte del día acompañando á la olvidada y digna esposa de José María, la cual, entre las salmodias de su agravio, aprovechaba mi constante presencia en la casa para inclinarme á ser su pariente, casándose con su hermana. ¡Proyecto tan bondadoso como imposible! Reconociendo yo como el primero las excelentes cualidades de Mercedes, no sentía ni la más ligera inclinación amorosa hacia ella, y además se me figuraba que yo le hacía muy poca gracia para marido y menos para novio.

Rompían, por cierto muy desagradablemente, la monotonía de nuestros coloquios los malos ratos que nos daba el ama con su bestial codicia, sus fierezas, y el peligro constante en que estaba Maximín de quedarse en ayunas. Yo maldecía á las nodrizas, y hubiera dado no sé qué por poder hacer justicia en aquélla, más animal que cuantas nos envían montes encartados y pasiegos, de todos los desafueros que cometen las de su oficio. Lica y yo temíamos una desgracia, y en efecto, el golpe vino hallándonos desprevenidos para recibirle.

Disponíame á salir una mañana para ir á clase, cuando se me presenta Ruperto sofocadísimo.

«Niña Lica que vaya usted pronto allá. El ama de cría se ha marchado hace un rato. El niño no tiene de qué mamar...»

— ¿No lo dije?... Esto sí que es bueno... ¿Y el señorito José María, qué hace?

— Mi amo no fué esta noche á casa. El lacayo ha salido á buscarle... Mi ama que vaya usted pronto..., para que le busque otra *criadera*.

— Yo... ¿y dónde la busco yo?... ¡Pero vamos allá!... ¿Y la señorita Manuela, qué hace?

— Llorar. Le están dando al nene leche con una botella. Pero el nene no hace más que rabiarse.

— Bueno, bueno... Ahora busque usted un ama...»

Bajaba la escalera, cuando una muchacha que subía me dió una carta. ¡Fuerzas de la Naturaleza! Era de Irene. Rasgué, abrí, desdoblé, leí, tembloroso como la débil caña sobre la cual se desata el huracán.

«Venga usted hoy mismo, amigo Manso. Si usted no viene, no se lo perdonará nunca su amiga... — Irene.»

La escritura era indecisa, como hecha precipitadamente por una mano impulsada del miedo y del peligro...

¡Dios misericordioso! Tantas cosas sobre un triste mortal en un solo momento! Buscar ama, ir al socorro de Irene..., porque indudablemente había que socorrerla... ¿Contra quién? Había peligro..., ¿de qué?

«¿Qué tiene usted, Mansito? — me dijo doña Javiera, que volvía de misa.

— Pues poca cosa... Figúrese usted, señora... Buscar un ama..., volar al socorro de...

— ¿Hay fuego?...

— No, señora; no hay más sino que el ama...

— ¿El ama del niño de su hermano? No hay peste como esas mujeres. Yo, mire usted, aunque estaba muy delicada, no quise dejar de criar á mi Manolo. Y los médicos me decían que por ningún caso. Y mi marido me reñía. Pues bien saludable ha salido mi hijo, y yo... ya usted ve.

— ¿Usted no sabría de alguna...?

— Veremos, veremos; voy á echarme á la calle... Y á propósito, amigo Manso, ¿ha visto usted á Manuel anoche?

— ¿Qué he de ver, señora?

— Esta es la hora que no ha venido á casa. Creo que tuvieron cena en Fornos... ¡Ay qué chico! ¡Pero qué afanado está usted!... Pobre don Máximo, ¡que sin comerlo ni beberlo...! Aprenda, aprenda usted para cuando sea padre.

— Señora, si usted tuviera la bondad de buscarme por ahí una de esas bestias feroces que llaman amas de cría...

— Sí, voy á ello... Espere usted: la vecina me dijo que conoce... Ya, sí..., es una chica primeriza, criada de servir, que se desgració. Estaba

en casa de un concejal que hace la estadística de nacidos..., hombre viudo, y que debía tener interés en que se aumentara la población... Voy allá... Creo que tiene la gran leche; es morenота, fresconaza..., un poco ladrona. También sé de una muy sílfide, una traviatona que bailaba en Capellanes, casada, pero que no vive con su marido. Sabe muchos cantares para dormir á los niños, y tiene aires de persona fina... Pues no me quito la mantilla y echo á correr. Vaya usted por otro lado. No deje usted de ir á la Concepción Jerónima, á casa de Matías, donde van á parar todas las burras de leche que vienen á buscar cría. Es aquello, según dicen, una fábrica de amas y un almacén de ganado. Ea, hombre, no se quede usted lelo, coja usted *La Correspondencia* y lea los anuncios. *Ama para casa de los padres*. ¿Ve usted? Váyase pronto al Gobierno Civil, donde está el reconocimiento... Si encuentra usted alguna, no se fíe de apariencias: llévese un médico. Escójala carril, fea y hombruna... Pechos negros y largos. Mucho cuidado con las bonitas, que suelen ser las peores... No dejen de examinar la leche, y fijense en la buena dentadura. Yo voy por otro lado; avisaré lo que encuentre. Abur.»

Dióme esperanzas la solicitud de aquella buena señora. Y yo, ¿adónde acudiría primero? No había que vacilar y corrí á casa de Manuela, pensando en Irene, en su carta garabeteada aprisa, y no cesaba de ver la trémula mano trazando los renglones, y me figuraba á la maestra amenazada de no sé qué fieros vestiglos. Y en tanto mis alumnos se quedaban sin clase aquel día, que me tocaba explicar *El interior contenido del Bien*.

Encontré á Manuela desesperada. Con mi ahijado sobre las rodillas, rodeada de su madre y hermana, era la figura más lastimosa y patética de aquel cuadro de desolación. Maximín chillaba como un becerro; Lica se empeñaba en que chupara de la redoma; apartaba él con furiosos ademanes aquella cosa fría y desapacible, y en tanto, las tres aturdidas mujeres invocaban á todos los santos de la Corte celestial. Se habían mandado recados á varias casas amigas para que diesen noticia de alguna nodriza, pero ¡ay! la familia confiaba principalmente en mí, en mi rara bondad y en mi corazón humanitario.

## XXXIII

¡Dichoso corazón humanitario!

Eras un adminículo de universal aplicación, maquinilla puesta al servicio de los demás; eras, más propiamente, un fiel sacerdote de lo que llamamos el *otroísmo*, religión harto desusada. Si dabas flores, te faltaba tiempo para ponerlas en el vaso de la generosidad, abierto á todo el mundo; si echabas espinas, te las metías en el bolsillo del egoísmo, y te pinchabas solo... Así pensaba camino del Gobierno de la provincia, lugar seguro para encontrar lo que hacía falta á mi ahijadito. Antes había tratado de ver á Augusto Miquis, joven y acreditado médico amigo mío. No le encontré, pero sus amigos me dijeron que quizás le hallaría en el Gobierno Civil. Afortunadamente, estaba encargado del

reconocimiento de amas. Esta feliz coincidencia me animó mucho; di por salvado á Maximín, y sin tardanza me personé en aquella paternal oficina, ejemplo que, con otros muchos, viene á confirmar la vigilancia omnímoda de nuestra Administración y lo desgraciados que seríamos si ella no cuidase de cuanto nos concierne, llevándonos en sus amorosos brazos desde la cuna al sepulcro. Baste decir que por darnos todo nos da hasta la teta.

Yo había visto la administración-médico, la administración-maestro, y otras muchas variantes de tan sabio instituto; pero no conocía la administración-nodriz. Quedéme pasmado al entrar en aquella gran pieza, nada clara ni pulcra, y ver el escuadrón mamífero, alineado en los bancos fijos en la pared, mientras dos facultativos, uno de los cuales era Augusto, hacían el reconocimiento. El antipático ganado inspiraba repulsión grande, y mi primer pensamiento fué para considerar la horrible desnaturalización y sordidez de aquella gente. Las que habían tomado por oficio semejante industria se distinguían al primer golpe de vista de las que, por una combinación de desgracia y pobreza, fueron á tan indignos tratos. Las había acompañadas de padres codiciosos, otras de maridos ó *arrimados*. Rarísimas eran las caras bonitas, y dominaba en las filas la fealdad, sombreada de expresión de astucia. Era la escoria de las ciudades mezclada con la hez de las aldeas. Vi pescuezos regordetes con sartas de coral, orejas negruzcas con pendientes de filigrana; mucho pañuelo rojo de indiana tapando mal la redondez de la mercancía; refajos de paño negro redondos, huecos, inflados como si ocultaran un bombo de lotería;

medias negras, abarcas, zapatos cortos, botinas y pies descalzos. Faltaban en la pared los escudos de Pas, Santa María de Nieva, Ríofrío, Cabuérniga y Cebreros, y como inscripción ornamental, el endecasílabo de aquel poeta culterano que, no teniendo otra cosa que cantar, cantó la nodriza y la llamó *lugarteniente del pezón materno*.

Entraban personas que, como yo, iban en busca del remedio de un niño, y se oían contrataciones y regateos. Había *lugarteniente* que elogiaba su género como un vinatero el contenido de sus pellejos. Había exploraciones de que en otro lugar se espantaría el recato, curioso de durezas para distinguir lo muscular de lo adiposo, y como en el mercado de caballos, se decía *veamos los dientes*, y se observaba el aire, la andadura, el alzar y mover de patas. ¡Permitiera Dios que no os hubiera visto en tal cantidad, flácidos ubres, aquí saliendo con vergüenza de entre bien puestos cendales, allí surgiendo de golpe como pelota de goma por la abertura de un pañuelo rojo, y que no os mirara estrujados por los dedos experimentadores del profesor ó de la partera! En un lado el facultativo examinaba aréolas; en otro Miquís, después de rebuscar vestigios de pasadas herejías, cogía el lactoscopio, y poniendo en él la preciosa substancia de nuestra vida, miraba junto á la ventana, al trasluz, la delgadísima lámina líquida, entre cristales extendida.

«En ésta toda es agua... — decía —; ésta tal cual..., mayor cantidad de glóbulos lácteos... Hola, amigo Manso, ¿qué busca usted por estos barrios?»

— Vengo por una..., y pronto, amigo Miquís.

Déme usted lo mejor que haya, y á cualquier precio.

— ¿Se ha casado usted ó se ha hecho padre de hijos ajenos?

— Más bien lo segundo... Tengo mucha prisa, Augusto; me están esperando...

— Esto no es cosa de juego; espere usted, amiguito.»

Me miró, sin apartar de su ojo derecho el maldito instrumento, con tan picaresca malicia, que me hizo reír, aunque no tenía ganas de bromas.

Y cuando preparaba el adminículo para echar en él nuevo licor, me amenazó con rociarme, diciendo:

«Si no se me quita usted de delante...»

¡Maldito Miquis! Siempre había de estar de fiesta, sin tener en cuenta la gravedad de las circunstancias.

«Querido, que tengo prisa...»

— Más tengo yo. ¿Le parece á usted que es agradable este viaje diario por la *vía láctea*?... Estoy deseando soltar los trastos y que venga otro. Luego nos queda el examen químico con el lacto-butirómetro... Porque hay falsificaciones, amigo. ¿Ve usted? Las hay que son cartuchos de veneno, y aquí velamos por la infancia. Pero á pesar de nuestros esfuerzos, tendrá que ver la generación futura, sí señor; se van á divertir los del siglo veinte, que será el siglo de las lagartijas.

— Pero Miquis, que es tarde, y...

— A ver, Sánchez, Sánchez.»

Sánchez, que era el otro médico, se acercó.

«A ver, aquélla, la que vimos antes. Es la única res que vale algo. La segoviana... Ahí está,

la que tiene una oreja menos, porque se la comió un cerdo cuando era niña.

— ¿Es buena?

— Bastante buena, primeriza, inocentísima. Me ha contado que era pastora. No recuerda de dónde le vino la desgracia, ni sabe quién fué el Melibeo... Esta gente es así. Suele resultar que las ignorantonas saben más que Merlín. Allí está. Vea usted qué facciones, jamás lavadas... Creo que para salir del paso... ¿Es para un sobrinito de usted?

— Y ahijado, por más señas.

— A veces más vale un padrino que un padre... Diga usted, ¿es cierto que José María se ha hecho hombre de distracciones?... Ahora lo veo todos los días. Es vecino mío.

— ¿Vecino de usted?

— Sí; vivo allá por Santa Bárbara. En el tercero de mi casa se nos ha metido hace tres días una señora...

— ¡Doña Cándida! — murmuré, sintiendo que la malicia de Miquis se infiltraba en mi corazón cual mortífera ponzoña.

— Mi mujer me ha contado que la vió subir con una joven. ¿Es hija suya?

— Sobrina.

— Bonita. Su hermano de usted va todas las tardes... Eso me han dicho. Cuando nos encontramos en la escalera, hace como no me conoce, y no me saluda.

— Mi hermano es muy particular.»

Y diciéndolo me puse torvo, y cayeron al suelo mis miradas con pesadez melancólica, y se quedó embargado mi espíritu de tal modo que dejé de ver el reconocimiento, el antipático rebaño y los médicos...

«Aquí la tiene usted — me dijo aquel señor Sánchez, bondadosísimo, presentándome una humana fiera embutida en un refajo verdinegro que la asemejaba á una peonza dando vueltas—. Es buena. No haga usted caso de esto de la oreja. Es que se la comió un cerdo cuando niña. Por lo demás, buena sangre..., buena dentadura. A ver, chica, enseña las herramientas. No hay señales de mal infeccioso.»

Y mirándola apenas, me dispuse á llevármela conmigo. Ella graznó algo, mas no lo entendí. Como aldeano que tira del ronzal para llevarse el animalito que ha comprado en la feria, así tiré de la manta de lana que la pastora llevaba sobre sus hombros, y dije: «Vamos.»

«Abur, Manso.

— Miquis, abur y mil gracias.»

Al salir, observé que el ronzal arrastraba, con la bestia, otras de la misma especie, á saber: un padre, involucrado también en paño pardo, como el oso en su lana, con sombrero redondo y abarcas de cuero; una madre, engastada en el eje de una esfera de refajos verdes, amarillos, negros, con rollos de pelo en las sienes; dos hermanitos de color de bellota seca, vestidos de estameña recamada de fango, sucios, salvajes, el uno con gorra de piel y el otro con una como banasta en la cabeza.

Y en la calle, el venerable cafre que hacía de padre, me paró y ladró así:

«Diga, caballero, ¿cuánto va á dar á la mocica?

— Porque somos gente honrada — regurgitó la mamá silvestre —. Mi Regustiana no va á cualquier parte.

— Señor — bramó uno de los muchachos —, ¿quiéreme por criado?

— Oiga, señor — añadió el autor de los días de Regustiana —, ¿es casa grande?

— Tan grande que tiene nueve balcones y más de cuarenta puertas.»

Cinco bocas se abrieron de par en par.

«¿Y adónde es? ¿Y cuánto le va á dar á la mocica?

— Se le pagará bien. Verán ustedes qué señora tan buena.

— ¿Es buena la señora? Llévenos pronto.

— Ahora mismo. Y les voy á llevar en coche.»

Abrió la portezuela. Consideré las fumigaciones á que debía someterse después el vehículo, si llevaba todo aquel rústico cargamento...

«No, conmigo no van más que la chica y la madre. Los hombres que vayan á pie.

— No, señorito, llévenos á todos — exclamaron á coro, con el tono plañidero de los mendigos que asaltan las diligencias.

— No, lo que es sin mí no va mi hija — manifestó el papá, con aspavientos de dignidad.

— ¡Llévenos á todos!... Yo me monto atrás — dijo uno de los chicos —. Diga, señor, ¿me tomará de criado?

— Y yo alante — gritó el otro.

— Diga, señor, ¿y cuánto me dará?»

Me aturdían estrujándome, porque hablaban más con las patas delanteras que con la boca, me sofocaban con sus preguntas, con sus gestos, y al fin, deseando concluir pronto, cargué con todos y los llevé á casa de mi hermana.

Cuando entré, me reía de mí mismo y de la figura que hacía pastoreando aquel rebaño. Tuve intención de decir: «Ahí queda eso», y marcharme adonde me solicitaban mi curiosidad y mi afán; pero esto hubiera sido muy inconveniente,

y me detuve hasta ver qué tal recibía Máximo á su nueva mamá, y cómo se desenvolvía Manuela con los indómitos padres y hermanitos de la tal Robustiana. Atenta mi cuñada á la necesidad de su hijo, y á ver si tomaba bien el pecho, no se cuidaba de la cola que el ama traía. Sentado en el recibimiento, el padre aguardaba con tiesa compostura el resultado de la prueba; los chicos huían por los pasillos, aterrados de la vista de Ruperto; y la madre, sin separarse de su moza, examinaba todo lo que veía con miradas de espanto y júbilo, y estaba como suspensa y encantada. Tan maravillosa era á sus ojos la casa, que sin duda se figuraba estar en los palacios del Rey.

Y Maximín, ¡oh Virgen de la Buena Leche!, chupaba, y veíamos con gozo sus buenas disposiciones gastronómicas y aquella codicia egoísta con que se agarraba al negro seno, temeroso de que se lo quitaran. Lica lloraba de contento.

«Eres un ángel del cielo, Máximo. Si no es por tí... ¡Qué mujer me has traído! ¡Ya la quiero más...! Tiene ángel. En seguida la vamos á poner como una reina. ¿Y su madre?... ¡Qué buena es! ¿Y su padre? Un santo. ¿Y los hermanitos? ¡Unos pobrecillos! Ya he dicho que les den de almorzar á todos... ¡Los pobres...! ¡Me da una lástima...! Es preciso protegerlos bien, sí. Me dijo la madre que no tienen nada de comer, que no ha llovido nada, que no cogen nada y tienen que pedir limosna... ¡Gente mejor...!»

Todo esto me parecía muy bien. Yo no hacía falta allí... Andando. Pasillos, escaleras, calle, ¡qué largos me parecíais.

## XXXIV

¡Y al fin entré por tu puerta, casa misteriosa!

Y subí tu escalera nuevecita, estucada, oliendo todavía á pintura, fresco el barniz de las puertas y del pasamanos. En el principal vi una placa de cobre que decía: *Doctor Miquis, consulta de 3 á 6*; más arriba encontré un carbonero que bajaba, luego el panadero con su gran banasta, una oficiala de modista de sombreros con la caja de muestras, y á todos les preguntaba con el pensamiento: «¿Venís de allá?»

Y al fin tiré del botón de aquel timbre, que me asustó al sonar vibrante, y abrióme la puerta una criada desconocida que no me fué simpática y me pareció, no sé por qué, avechicho de mal agüero. Y heme aquí en una salita clara, tan nueva que parecía que yo la estrenaba en aquel momento. De muebles estaba tal cual, pues no había más que tres sillas y un sofá; pero en las paredes vi lujosas cortinas, y entre los dos balcones una bonita consola con candelabros y reloj de bronce. Se conocía que la instalación no estaba concluída, ni mucho menos. Así me lo manifestó doña Cándida, que majestuosa se dejó ver, acompañada de una sonrisa proteccionista, por la gran puerta del gabinete.

«Pero, chico..., me da vergüenza do recibirte así... ¡Si esto parece una escuela de danzantes. Estos tapiceros, ¡qué calmosos! Desde el 17 están con los muebles, y ya ves; que hoy, que mañana. Espera, hombre, espera; no te sientes en esa

silla, que está rota... Cuidado, cuidadito; tampoco en esa otra, que está un poco derrengada.»

Dirigíme á la tercera.

«Aguarda, aguarda. Ésa también... Melchora te traerá una butaca del gabinete... ¡Melchora!...»

Dios y Melchora quisieron que yo al fin me sentara.

«¿Irene...? — le pregunté.

— Quizás no puedas verla... Está algo delicada ..»

Toda mi atención, toda mi perspicacia, mi arte de leer en las fisonomías no me parecían de bastante fuerza para descifrar el jeroglífico moral que con fruncimiento de músculos, cruzamiento de arrugas, pestañeo, pucherito de labios y una postiza sonrisilla se trazaba en el rostro egipcio de doña Cándida. O yo era un ser completamente idiota, ó detrás de los oscuros renglones de aquel semblante antiguo había algún sublime sentido. ¡Desgraciado de mí que no podía entenderlo! Y ponía al rojo mis facultades todas, para que, llegando al último grado de su poder y sutileza, me dieran la clave que deseaba.

«Conque delicada...» — murmuré, pasándome la mano por los ojos.

Mi cínife iba á decir algo, cuando Irene se presentó. ¡Qué admirable aparición!

«¿Qué tal te encuentras, hijita? — le preguntó su tía, en quien sorprendí disgusto.

— Bien — replicó secamente Irene —. Y usted, Máximo, ¡qué caro se vende!»

¡Maldito Calígula! Sin género de duda, quería desviarme de mi objeto, distraerme, interponerse entre Irene y yo con pretextos rebuscados.

«¡Ah! — exclamó con aspavientos que me cau-

saron frío —, ¿no has visto lo que dicen de ti los periódicos?... Te ponen en las nubes. Mira, Irene, trae *La Correspondencia* de la mañana. Allí está sobre mi cómoda.»

Irene salió. Observé (yo lo observaba todo) que tardaba más tiempo del que se necesita para traer un papel que está sobre una cómoda. Vino al fin, trajo un periódico y me lo puso delante. Sobre el periódico había un papelito pequeño, y en él, escritas con lápiz y al parecer rápidamente, estas palabras: *Ha venido usted tarde. Nunca hace las cosas á tiempo. No puedo hablar delante de mi tía. Me pasan cosas tremendas. Despidase usted diciendo que no vuelve en una semana y vuelva después de las tres.*

Haciendo que leía *La Correspondencia* guardé con disimulo el papelejo. Irene me parecía desmejoradísima. Palidez suma y tristeza confirmaban, diluidas en la tinta suave de su semblante, la veracidad de aquellas cosas tremendas. Y yo, puesto en guardia con lo que el papel decía, hablé de lo que no me importaba, de lo alegre de la casa, de sus buenas vistas y...

«¿Pero no sabes, Máximo — me dijo Calígula de improviso —, que anoche hemos tenido ladrones en casa? ¡Qué susto, Dios mío!

— ¡Señora!

— Ladrones, sí, lo que oyes..., una cosa atroz. Esa Melchora, que duerme como un palo, dice que no oyó ni vió nada... Te contaré... Yo duermo ahora muy mal..., estos tunantes de nervios... Serían las dos de la madrugada, cuando sentí ruido en una puerta. Levantéme, llamé á Irene... Esta sostiene que dormía profundamente... ¡Yo tenía un miedo..., ya puedes figurarte! En fin, que alboroté toda la casa. Melchora dice que



yo veo fantasmas... Podrá ser que mis nervios..., pero juraría que á la claridad de la luna..., porque no encontré los malditos fósforos..., á la claridad de la luna vi un hombre que escapaba...

— ¿Por la ventana?

— No, por la puerta de la escalera.»

Miré á Irene para ver qué decía sobre las fantásticas apariciones, pero en aquel momento se levantaba y salía diciendo:

«Han llamado, tía; creo que será la modista.

— ¿Pero no está Melchora?... Pues sí, Máximo, hemos pasado un susto... La pobre Irene, al oír mis gritos, salió despavorida. Busca los fósforos por aquí y por allí..., nada. Melchora se reía de nosotras y decía que estábamos locas...

— ¿Pero usted vió...?

— Hombre, que vi... La suerte es que no nos han robado nada. He registrado, y ni una hilacha me falta..., cosa atroz.

— Resultado, que esos ladrones no robarían más que los fósforos...»

Cuando esto dije, mi espíritu, espoleado por su pesimismo, se precipitaba en las más extravagantes cavilaciones. Despeñada mi mente, no conocía ningún camino derecho. ¿Sería verdad lo que doña Cándida contaba?... Y si no lo era, ¿qué interés, qué malicia, qué fin...?

Pero mi primer cuidado debía ser cumplir el programa consignado con lápiz trémulo por la mano de la institutriz. Retiréme diciendo que no volvería hasta dentro de una semana, y pasé las horas que para la misteriosa cita faltaban, discurriendo por la Castellana, el barrio de Salamanca y Recoletos. A las tres y media tiraba otra vez del timbre, y la misma Irene abría la puerta. Estábamos solos.

«¡Gracias á Dios! — le dije sentándome en el mismo sillón que horas antes había sacado Melchora para mí y que aun estaba en el mismo sitio... — Al fin puede usted decirme qué tremendas cosas son ésas...

— ¡Y tan tremendas!...»

¡Qué temblor el de sus labios, qué falta de aire en sus pulmones, qué palidez mortal y qué timbre de pánico y duelo el de su voz al decirme! :

«¡Si usted no me salva, si usted no me prueba que se interesa por esta huérfana desgraciada...!»

No sé, no sé lo que pasó en mi interior. La efusión de mi oculto cariño, que se expansionaba y se venía fuera, cual oprimido gas que encuentra de súbito mil puntos de salida, hallaba obstáculos en el temor de aquella soledad traicionera, en el comedimiento que creí exigido por las circunstancias; y así, cuando las más vulgares reglas del romanticismo pedían que me pusiera de rodillas y soltara uno de esos apasionados trenos que tanto efecto hacen en el teatro, mi timidez tan sólo supo decir del modo más soso posible:

«Veremos eso, veremos eso...»

Y lo dije cerrando los ojos y moviendo la cabeza, mohín de cátedra, que la costumbre ha hecho más fuerte que mi voluntad.

«¿Pero usted no lo adivina?... ¿Usted no comprende que mi tía me tiene aquí prisionera para venderme á D. José? Esto es la cosa más tremenda que se ha visto. ¿Quién ha puesto esta casa? D. José. ¿Quién ha amueblado aquel gabinetito? D. José. ¿Quién viene aquí las tardes y las noches á ofrecerme veinte mil regalos, cosi-

tas, porvenires, qué sé yo, villas y castillos? D. José. ¿Quién me persigue con su amor empalagoso, quién me acosa sin dejarme respirar? D. José. He tenido la desgracia de que ese señor se enamore de mí como un loco, y aquí me tiene usted puesta entre lo que más odio, que es su hermanito de usted, y la necesidad de matarme, porque estoy decidida á quitarme la vida, amigo Manso, y como hoy mismo no encuentre usted medio de librarme de esto, lo juro, sí, lo juro, me tiro á la calle por ese balcón.»

Petrificado la oyó; balbuciente le dijo:

«Lo sospechaba. Si usted no me hubiera prohibido venir acá desde el primer día, quizás le habría evitado muchos disgustos.

— Es que yo...»

Al argumentarme, había tropezado en una velada y misteriosa idea, quizás en la misma que á mí me faltaba para ver aquel asunto con completa claridad. Ocurrióseme entonces un argumento decisivo.

«Vamos á ver, Irene — le dije procurando tomar un tono muy paternal —. ¿Por qué tenía usted tanta prisa en salir de la casa, donde no debía temer las asechanzas de mi hermano? ¿No consideraba usted, en su buen juicio, que doña Cándida al poner esta casita y traerla á usted, la trajo á una ratonera? Yo lo sospeché; mas no me era posible intervenir en asunto tan delicado... ¿Por qué le faltó á usted tiempo para abandonar aquella colocación honrada y tranquila?

— Allí también me perseguía.

— Pero allí precisamente tenía usted poderosas defensas contra él, mientras que aquí...

— Porque mi tía me engañó.

— Imposible. Doña Cándida no puede enga-

ñar á nadie. Es como las actrices viejas y en decadencia, que no consiguen producir ilusión ninguna en quien las ve representar. Por la atrocidad excesiva de sus embustes, esta infeliz señora se vende á sí misma, apenas empieza á desempeñar sus innobles papeles. Su loco apetito de dinero ha corrompido en ella hasta los sentimientos que más resisten á la corrupción. Yo creí que usted no caería en semejante lazo, tan torpemente preparado. Usted misma se ha lanzado al abismo... Y no se justifique ahora con razones rebuscadas; llénesese usted de valor y dígame el motivo grande, capital, que ha tenido para abandonar aquella casa. Ese motivo no lo sé, pero lo sospecho. Venga esa declaración, ó me faltará la fe en usted, que me es necesaria para salir á su defensa. Nada hay más erróneo, Irene, que la mitad de la verdad. Yo no puedo patrocinar la causa de una persona cuya conciencia no se me manifiesta sino por indicaciones incompletas y vagas. No quiero evitar un mal y proteger neciamente la caída en otro peor. Desde el momento en que usted llama á un abogado en su defensa, muéstrele todas las fases de su asunto; no le oculte nada; infúndale con su franqueza el valor y la convicción que él á causa de sus dudas no tiene. Una persona que la ha tratado á usted de cerca me ha dicho: «No te fies de ella, es una hipócrita.» Arránqueme usted las raicillas que estas palabras han echado en mi pensamiento, y ya me tiene usted pronto á servirla como jamás hombre alguno ha servido á mujer desvalida.»

Esto le dije; estuve elocuente, y un sí es no sutil ó caballeroso. A medida que hablaba, comprendí el grandísimo efecto que cada palabra

hacia en su espíritu turbado, y antes de terminar, observéla desasogada, luego afligida, al fin llena de temor.

Creía yo hallarme en terreno firme.

«Reconoce usted — le dije en tono de amigo — que antes de pedirme mi ayuda para salir de la ratonera, debe declararme alguna cosa, ¿no es eso?, ¿alguna cosa que nada tiene que ver con mi hermano?... Digamos, para mayor claridad, que es como un mundo aparte.»

Humildemente dolorida inclinó su cabeza, y como próxima á sucumbir, respondió:

«Sí señor.»

Esta afirmación respetuosa me lastimó en el alma, como si me la hendieran de arriba abajo, con formidable sacudida. Sentí un hundimiento colosal dentro de mí, algo como el caer de la vida, la total ruina mía interior. Costóme trabajo sumo sobreponerme á la aflicción... No quería mirar á Irene, abatida delante de mí, con no sé qué decaimiento de suicida y resignación de culpable. Conté y medí las palabras para decirle:

«Puesto que eso que necesito saber no es ni puede ser vergonzoso, no me tenga usted en ascuas más tiempo.»

¡Dios mío, nunca dijera yo tal cosa! La vi acometida repentinamente de horrible congoja... Su cara fué el dolor mismo, después la vergüenza, después el terror... Rompió á llorar como una Magdalena, levantóse del asiento, echó á correr, huyó despavorida y desapareció de la sala.

No supe qué hacer; quedéme perplejo y frío... Sentí sus gemidos en la habitación cercana. Dudé lo que haría, y al fin corrí allá. Encontréla arro-

jada con abandono en un sillón, apoyada la cabeza sobre el frío mármol de una consola, llorando á mares.

«No quiero verla á usted así..., no hay motivo para eso... — murmuré conteniéndome para no llorar como ella—. Usted se juzga quizás con más rigor del que debe... Desde luego yo...»

Con la mano derecha se cubría el rostro, y con la izquierda hizo un movimiento para apartarme.

«Déjeme usted..., Manso...; yo no merezco...

— ¿Qué, criatura?

— Que usted me proteja... Soy la más desgraciada...»

Y más llanto, y más.

«Pero sea usted juiciosa... Veamos la cuestión, examinémosla fríaamente...»

Esta tontería que dije no hizo, como es de suponer, ningún efecto. Y ella con la izquierda mano quiso alejarme.

«No, no me marcharé... No faltaba más... Ahora menos que nunca.

— Yo no merezco... Me he portado tan mal...

— Pero hija mía...»

No pudiendo calmar su horroroso duelo, ni arrancarle una palabra explícita, volví á la sala, donde estuve paseándome no sé cuánto tiempo. Al dar la vuelta me veía en el espejo con semblante tétrico, los brazos cruzados, y me causaba miedo. No sé las curvas que describí ni los pensamientos que revolví. Creo que anduve lo necesario para dar la vuelta al mundo, y que pensé cuanto puede irradiar en su giro infinito la mente humana. Los gemidos no concluían, ni aquella tristísima situación parecía tener término. De pronto sonó el picaporte: alguien entra-

ba. Sentí la voz de Melchora ásperamente armonizada con la de doña Cándida. Al fin llegaba la maldita; ¡buena le esperaba!... Entró...

No sé pintar el asombro de la señora de García Grande al abrir la puerta de la sala y verme. Con el rápido chispazo de su vista perspicua debió de conocer mi enojo y la tormenta que la amenazaba. Por mi parte, nunca me pareció más odiosa su faz de emperador romano, que, con la decadencia, tocaba en la caricatura, ni me enfadaron tanto su nariz de caballete, sus cejas rectilíneas, su acentuada boca, su barba redondita y su gruesa papada á lo Vitelio, que le colgaba ya demasiadamente, y con el hablar le temblaba y parecía servirle de depósito de los embustes. Su primer pensamiento y palabra fueron:

«Pero qué... ¿se te olvidó algo?...»

No le respondí. Mi cólera me puso una mordaza... La papada de doña Cándida temblaba y sus cejas culebrearon. Acercóse á la puerta del gabinete, abrióla, vió á su sobrina consternada, miróme después. Tuvo miedo, y de tanto temer, no pudo decirme nada. Yo seguía paseándome, y el silencio y las miradas suplían con ventaja entre los dos á cuanto la voz pudiera expresar... Pasado el primer momento de enojo, debió Calígula pedir fuerzas á su malicia, porque me pareció que se envalentonaba. Después de gruñir, con artificio de cólera digna, sentóse, y sin mirarme se permitió decir:

«Me gusta... Como si cada cual no supiera lo que tiene que hacer en su casa, sin necesidad de que vengan los extraños á mangonear...»

Entre ahogarla y afrontar su descaro con ventajosa actitud de ironía y desprecio, preferí esto último. Entróme una risa nerviosa, fácil desaho-

go de la cólera que me amargaba el corazón y los labios, y con todo el desdén del mundo dije á mi cínife:

## XXXV

«Proxenetes.»

«¿Qué, hombre?

— *Proxenetes*. Se lo digo á usted en griego para mayor claridad.

— ¡Ay!, estos señores sabios ni siquiera para insultarnos saben hablar como la gente.

— Alguien vendrá que le hablará á usted más claro que el agua.

— ¿Quién?

— El juez de primera instancia.»

Ni con risitas ni con un gesto desdenoso pudo disimular su terror. Yo seguía paseándome. Siguió larga paüsa, durante la cual vi que el fiero Calígula batía compases con una mano sobre el brazo del sillón... Su ingenio debió inspirarle el cómodo partido de desviar el asunto, ingiriendo otro completamente extraño, en el cual podía hacer el papel de víctima.

«Tú siempre tan inoportuno y tan.. filosófico. Vienes aquí cuando no se te llama, y haces aspavientos. Mejor te ocuparas de lo que más nos importa á todos, y no me pusieras en mal lugar, como lo has hecho hoy... Sí; porque de haber sabido lo que pasaba, de haber sabido que Maximín se quedó sin ama, ¿cómo no hubiera volado yo á casa de Lica para buscarle al instante otra?... ¡Ay, qué apunte eres! Como si yo no existiera...

Es hasta una falta de respeto, sí señor. Bien sabes que tengo tanto interés como tú, como la misma Manuela... Francamente, este olvido me ha llegado al alma. ¡Y tú tan sabio como siempre! En vez de correr en busca mía y contarme lo que pasaba, te fuiste al Gobierno civil para buscar por ti mismo... Ya, ya sé que llevaste á la casa una familia de cafres... Precisamente, conozco una ama que no tiene precio. Véase aquí lo que se saca de interesarse por los demás: desaires y más desaires.»

Y yo, pasea que pasearás... La oía como quien oye llover sandeces.

«Luego se espantan de que se nos agríe el carácter, de que un disgusto tras otro, y por añadidura los achaques y males nerviosos, pongan á una infeliz mujer en el estado más triste del mundo. De aquí resultan cosas que parecen distintas de lo que son. Cada una en su casa hace lo que le acomoda, siempre dentro del límite de los deberes y de la dignidad á que las personas de cierta clase no podemos faltar nunca. Viene luego cualquiera que no está en antecedentes, y por lo primero que ve, juzga y sentencia de plano sin enterarse. Una chica mimosa y llorona contribuye con sus tonterías á embrollar la cuestión; el sabio se acalora, hace papeles caballerescos..., y si mediara una explicación, todos quedarían en buen lugar...»

Aquel zumbido me mortificaba de un modo indecible. No podía contenerme.

«Señora...

— ¡Qué!

— ¿Quiere usted hacer el favor de callarse?

— ¡Qué falta de respeto! ¿Quieres tú hacerme el favor de marcharte? Estoy en mi casa... Mu-

cho estimo á tu familia, mucho quise á tu madre, aquel ángel del cielo, aquella criatura sin igual... ¡Ah!, no os parecéis á ella, y si resucitara y se nos presentase aquí, me juzgaría como merezco... Digo que mucho la quise, y mucho vale para mí su recuerdo al hallarme delante de tu descortesía; pero ésta puede llegar á ser tal que no pueda perdonarla... Porque esto es una iniquidad, Máximo; una cosa atroz. Lo que haces conmigo no tiene nombre. ¡Venir á insultarme á mi propia casa!..., sin reparar mis canas..., sin acordarte de aquella santa...»

La papada se movía tanto, que parecían agitarse impacientes dentro de ella todas las farasas, todos los embustes y trampantojos almacenados para un año. Al mismo tiempo pugnaba por traer á su defensa un destacamento de lágrimas, que al fin, tras grandes esfuerzos, asomaron á sus ojos.

«Nunca — gimió, sonándose con estrépito para aumentar artificialmente el caudal lacrimatorio —, nunca hubiera creído tal cosa en ti. Me debes, si no otra cosa, respeto. Y antes de formar malos juicios de esta desgraciada, á quien podrías considerar como tu segunda madre, debes informarte bien, preguntarme... Yo estoy pronta á responder á todo, á sacarte de dudas... ¿Quieres saber por qué llora Irene? Pues no se lo preguntes á ella, pregúntamelo á mí, que te lo diré. Estas muchachas de hoy no son como las de mi tiempo, tan recogidas, tan sumisas. ¡Quia!, una cosa atroz... No hay vigilancia bastante para impedir que hagan mil coqueterías y enredos. ¿Quieres que te la pinte en dos palabras?... Pues es una mosquita muerta... No lo creerás, sé que no lo vas á creer y que descar-

garás tu furor contra mí. Pero mi deber es antes que todo, y el interés que me tomo por ella. Allí, en la propia casa de Lica, donde la sujeción parecía ser tan grande como en un convento, la muy picarona, ¿lo creerás?, pues sí, tenía un novio. No hay como estas tontuelas para ocultar las cosas. Ni Lica, ni tú, ni yo, que allá iba todos los días, sospechábamos nada... ¿Qué habíamos de sospechar viendo aquella modestia, aquella conformidad mansa, aquella cosita... así...? Pero estas mansas son de la piel de Barrabás para esconder sus líos. ¡Un novio! Cuando nos mudamos lo descubrí, y si quieres que te lo pruebe...»

La ira que se encendió súbitamente en mí era tal, que me desconocí en aquel instante, pues en ninguna época de mi vida me había sentido transformado como entonces en un ser brutal, tosco y de vulgares inclinaciones á la venganza y á todo lo bajo y torpe. Cómo se levantaron en mi alma revuelta aquellos sedimentos, no lo sé.

«¿Quieres que te lo pruebe? — repitió doña Cándida á la manera de las hienas, sorprendiendo, con su feliz instinto, mi momentánea bajeza, y creyendo que la suya permanente podría hallar en mí fugaz acogida —. ¿Quieres que te lo pruebe?... Cuando nos mudamos, en aquel desorden de los baúles, sorprendí un paquete de cartas...; no tienen firma...; ¿conocerás tú...?»

Afianzó las manos en los brazos del sillón para levantarse. Vacilé un momento... ¡Dios! ¡Descubrir el misterioso enigma, saber al fin...! ¡No, por aquel medio jamás!

«Señora, no se mueva usted — grité con brío, ya repuesto en mi normal ser —. No quiero ver nada.

— Tú quizás sepas... Algún moscón de los

muchos que entran en aquella casa... La pícaro mulata era quien traía y llevaba las cartitas... ¿Pero cómo se las componen estas criaturas para envolver en gran misterio sus picardías?... Yo estoy aterrada, y de seguro voy á sucumbir á fuerza de disgustos... Esta criatura, á quien he consagrado mi vida... ¡Oh! Máximo, tú no comprendes este dolor atroz, este dolor de una madre, porque madre soy para ella, madre solícita y siempre sacrificada... Y ya ves qué pago...»

Otra vez su cinismo agotaba mi paciencia.

Yo no la miraba, porque su semblante me hería. Eranme particularmente antipáticas la papada trémula y la despejada frente cesárica, en la cual ondulaban las arrugas de un modo raro, como se enroscan y se retuercen los gusanos al caer en el fuego.

«Señora, hágame usted el favor de callarse.

— Bien, lloraré sola, me lamentaré sola. ¿A ti qué te importa, caballero andante y filósofo aventurero?»

Y en aquel punto los dolorosos gemidos de Irene se oyeron de nuevo... El corazón se me dividía ante aquella angustia secreta, apenas declarada, que á combinarse venía dentro de mí con otra angustia mayor. El honor mío se agitaba entre accidentes de despecho y enojo, como llama entre tizonas. Me embargaba tanto, que daba perplejidades á mi voluntad y yo no sabía qué hacer. Pensé acudir á Irene, que parecía sufrir gravísimo paroxismo; pero no sé qué repugnancia me alejaba de ella. Doña Cándida se levantó, diciendo con agridulce voz:

«La pobrecita está tan afligida... Es que la he reñido... No puedo contenerme. Es preciso darle una taza de tila.»

Dejóme solo. Y yo pasea que pasearás. Me rodeaba una atmósfera de drama. Presentía la violencia, lo que en el mundo artificioso del teatro se llama la situación... ¡Tilín! ¡El timbre, la puerta!... ¡Mi hermano!...

## XXXVI

¡Esta es la mía!

Los segundos que tardó en aparecer en la sala, ¡cómo se deslizaron pavorosos!... Entró, y al verme... No, jamás ha sufrido un hombre desconcierto semejante. Yo me sentí fuerte y dueño de mis facultades para operar con ellas como me conviniera... Mereciera ó no la mosquita muerta mi ardiente defensa, ¿qué me importaba? Yo, caballero del bien, me disponía á dar una batalla á su enemigo, que era también el mío. A la carga, pues, y luego se vería...

La sorpresa pudo en José más que la turbación, y se le escapó decirme:

«¿Qué demonios buscas aquí?»

Advertí en él esfuerzos inauditos para poner concierto en sus ideas, disimular su cogida y cubrir el flanco de su amor propio.

«¡Ah! — exclamó fingiéndose asombrado —. ¡Qué casualidad! Los dos venimos de visita..., nos encontramos... Es verdad; te dije que pensaba venir.»

Y el tunante no caía en la cuenta de que no nos hablábamos desde la disputilla, siendo, por tanto, imposible que me hubiera avisado su visita. Viéndose cogido en su red, cambió de

táctica. Inició torpemente dos ó tres temas de conversación (á punto que Melchora traía otra butaca, por no ser suficiente una para los dos); pero desde las primeras palabras se aturrullaba y confundía. Dejóse ver por la puerta del gabinete doña Cándida, tan turbada como mi hermano, y más con la papada que con la voz nos dijo:

«Dispénsenme los Mansitos; pero estoy tan ocupada... Vuelvo...»

Y desapareció como espectro con pocas ganas de ser evocado. Las tenía tan grandes mi hermano de hacerme creer que á la casa venía por vez primera, que no quiso esperar la segunda aparición del espectro para decirle á gritos:

«Al fin me tiene usted por aquí...»

Pero notando mi empaque severo, me miró despacio. Estábamos sentados el uno frente al otro.

«Pues sí, es bonita la casa. No la había visto. ¿Habías estado tú aquí?»

— Es la primera vez.

— Muy fría la sesión de esta tarde... La discusión de presupuestos sumamente lánguida. Tres diputados en el salón de sesiones. Pero en las Secciones hemos tenido mar de fondo. Hay un tacto de codos que Dios tiritita. Es verdaderamente escandaloso lo que pasa, y luego con la plancha que se tiró ayer el ministro de Gracia y Justicia... La Comisión de melazas no ha dado aún dictamen. Tendremos voto particular de Sánchez Alcudia, que se empeña en proteger los alfajores de su tierra...»

Y yo callado. El debía estar sobre ascuas. Presagiaba sin duda una escena ruda, y quiso debilitarme anticipadamente con la lisonja.

«¡Ah!, se me olvidaba — dijo, tomando la más-